

XXX

*30 compositores colombianos menores de 30*¹

por Rodolfo Acosta R.²

Hablar acerca de los más relevantes compositores (en música académica contemporánea, por lo menos) menores de treinta años no es algo que se haga desde la perspectiva y seguridad ofrecidas por muchos años de producción creativa constante y contundente. Es un intento de adivinación hecho sobre un promedio de cinco años de composición por parte de personas en proceso de formación y que incluso aún pueden estar decidiendo si dedican su vida a esto o no. Esta toma de decisión, por cierto, suele no ser conciente sino, más bien, es algo que ocurre automáticamente en la medida en la cual se va dejando de ser estudiante y componer ya no es cuestión de cumplir con la tarea. Como el tema de estudio tiene que ver con gente aún en esas etapas de formación académica, incluso si éstas se han extendido a maestrías y hasta doctorados, algunas de las personas a ser tratadas aún no están del todo activas en el mundo real extrainstitucional. Estos pasos han sido organizados, dada la naturaleza académica (¡no academicista!) del tema, rastreando a las diferentes instituciones que ofrecen carreras de composición en nuestro país en busca de las proverbiales jóvenes promesas aunque apenas estén llegando a su primera madurez creativa. Esto no significa que lo importante sean en mi opinión las instituciones; siempre lo importante es la música. Simplemente es una ayuda para organizar la discusión.

Para contextualizarnos, los compositores de la generación que comentaré surgen del auge inusitado que ha tenido esta música contemporánea en Colombia en el último par de décadas. Este gran impulso se debe en parte a la reestructuración de la formación superior en música que se dio desde finales de los ochenta gracias a personajes tales como Guillermo Gaviria, Andrés Posada y Manuel Cubides, a la revitalización de los lenguajes compositivos en nuestro medio llevada a cabo por compositores como Mauricio Bejarano, Roberto García, Juan Reyes y Luis Pulido, al crecimiento de la difusión de repertorio contemporáneo nacional e internacional a lo largo de los noventa a raíz del trabajo de gestores como Cecilia Casas Cerón y Carlos Barreiro Ortiz, y a los estímulos a la creación y difusión ofrecidos por el Estado a niveles nacional y locales. La confluencia de todos estos esfuerzos ha llevado a un importante desarrollo de compositores e intérpretes, como aquellos de nosotros nacidos entre 1960 y la primera mitad de los 70, pero también al de un público interesado y siempre creciente. Todo ello ha hecho de este género uno cada vez menos marginal y cuyas influencias se escuchan no sólo dentro de sus supuestos límites, sino también dentro de lo que viene ocurriendo en diferentes géneros populares en la última década.

¹ Este artículo fue escrito por encargo de “91.9, la revista que suena”, publicación editada por la Pontificia Universidad Javeriana, para ser incluido en el número especial (2o semestre de 2007) que celebra los 30 años de Javeriana Estéreo (91.9 FM).

² Aportes a este escrito son bienvenidos por el autor; favor escribir a: r3a4r@yahoo.com

Los primeros cinco compositores que reseñaré son egresados de la Universidad Javeriana, donde los profesores de composición más influyentes han sido el ya mencionado Gaviria, Harold Vásquez-Castañeda y, recientemente, José Hernández. Javier Arciniegas (Bogotá, 1977) mostró interés por la combinación de instrumentos acústicos y medios electrónicos desde sus primeras obras y aunque en un principio no se dedicó a la creación electroacústica, su música – incluso la escuetamente instrumental – se vio marcadamente influenciada por la manera renovada de entender el fenómeno sonoro-temporal que de allí surge. Tras su formación local - institucional y extrainstitucional – Arciniegas viajó a los E.U.A. para estudiar en Mills College, donde descubrió el intenso mundo de la programación informático-musical, dedicándose desde entonces principalmente a componer desde o para una de las plataformas más populares actualmente: Supercollider, así como a continuar con su exploración del mundo de la improvisación libre, el cual ya desde Bogotá había abordado, y la composición para grupos mixtos, es decir, la combinación de instrumentos acústicos y medios electroacústicos. Actualmente vive en Montreal, Canadá, pero a pesar de su enorme talento parece haber disminuido de manera notable y muy lamentable su producción artística. En extremo contrastante ha sido la música de Federico García De Castro (Bogotá, 1978), quien ha cultivado dos tendencias claras y opuestas: por un lado, ha escrito una serie de obras con fuertes reminiscencias de la tonalidad tradicional, sus formas y sus estructuras; por otro lado, encontramos piezas en las cuales se hace evidente una mayor toma de riesgo y un intento por explorar nuevos derroteros musicales para su experiencia personal. Esta última faceta se encuentra muy cercana a algunas de las tendencias más interesantes de la vanguardia latinoamericana de las últimas décadas y liga su música a aquella de grandes compositores como Coriún Aharonián o Mario Lavista, algo muy interesante dado que García en realidad no conoce el trabajo de estos antecesores. Tras estudiar composición y teoría en la Universidad de Pittsburgh, en los E.U.A., García ha decidido radicarse en dicha ciudad y desde el 2006 dirige el ensamble de música contemporánea *Alia Musica*. Durante sus estudios en la Javeriana, Juan Pablo Carreño (Bucaramanga, 1978) se diferenció marcadamente de sus compañeros al ser el único que no se quedó encerrado en su escuela, sino que se aventuró a conocer más de la realidad circundante bogotana. Así, creó imaginarios diferentes, más concientes del medio musical local y regional, pero también cultivó o desató una vocación de gestión admirable. En el 2002 co-fundó *Matiz Rangel Editores*, firma dedicada en primera instancia a la publicación de música de compositores colombianos y, en segunda, latinoamericanos, y que ha sido de una gran importancia en el desarrollo de la música de cámara en nuestro medio. Como compositor, sus piezas ostentan un lirismo poco común en su generación y su creciente catálogo, dominado hasta el momento por música instrumental, ha oscilado entre la complejidad y la simplicidad, en ambos casos alcanzando una cautivante expresión poética. Tras varios años en Miami, E.U.A., estudiando en la Universidad Internacional de la Florida, actualmente se ha radicado como estudiante en París. Espero que el constante contacto que ha mantenido con el medio local, tanto por su manejo de *MRE*, como también por su actividad compositiva, continúe. Caso interesante desde todas las perspectivas, Eblis Álvarez (Bogotá, 1977) en realidad es egresado como guitarrista de la Javeriana, y su variado perfil tal vez no habría cuadrado con el del típico estudiante de composición, algo que les ocurrió en su momento a Alejandro Zuluaga y Juan Pablo Villamizar. Álvarez se ha desempeñado como compositor e intérprete de diferentes instrumentos y en los más variados estilos académicos y populares, pero siempre con la actitud cuestionante de una natural e irreverente vanguardia que a muchos ha resultado fastidiosa, pero que a otros nos encanta. Hoy en día vive en Copenhague, Dinamarca tras haber estudiado en el Conservatorio Nacional de dicho país, y el principal vínculo que mantiene con nuestro país es por el lado de música popular experimental con proyectos como *Meridian Brothers* a través del influyente colectivo *La Distritofónica*. Carolina Noguera Palau (Cali, 1978) ha mantenido un perfil comparativamente bajo, pero la fuerza de sus composiciones me lleva necesariamente a comentar su trabajo. En general, sus piezas se han caracterizado por la densidad e intensidad de su entramado rítmico, en ocasiones llegando a la violencia de expresión; esto último lo digo como cumplido, algo que cualquier admirador de Xenakis o *System of a Down* entiende de

inmediato, y sólo se hace necesario aclarar bajo el régimen de la correctitud política en el que vivimos. Ejemplificando una problemática especialmente común a muchos estudiantes y egresados de la Javeriana, la producción de Noguera se ha visto circunscrita a lo financiado por premios, becas y otras convocatorias, lo cual ha limitado su verdadero rango de acción. Recientemente radicada en Birmingham, R.U., para continuar con sus estudios, falta ver si Noguera también decide quedarse fuera de Colombia para desarrollar su carrera compositiva.

Formados en la Universidad de Los Andes, donde los profesores de composición han sido Mauricio Lozano, Luis Pulido y Catalina Peralta, los siguientes cuatro compositores han escogido hasta el momento llevar a cabo sus carreras en el medio nacional, razón por la cual pueden estar teniendo un impacto mayor sobre el desarrollo de la música en Colombia que sus colegas anteriormente discutidos. Fabián Torres (Bogotá, 1977), Rodrigo Restrepo (Bogotá, 1977), Daniel Prieto (Bogotá, 1978) y Daniel Leguizamón (Bogotá, 1979) lideraron en su momento el colectivo *ECUA* (Estudiantes de Composición de la Universidad de Los Andes). Si bien partió de cubrir algunas de las necesidades de aquellos a quienes nombra directamente, este grupo eventualmente (en particular durante el breve período durante el cual Roberto García enseñó en dicha universidad) llevó a cabo una muy importante labor de programación incluyendo el trabajo de todo tipo de compositores, intérpretes, etc., al margen de cualquier vínculo institucional. Todos ellos han continuado cultivando una intensa actividad compositiva e interpretativa y, por diferentes que puedan llegar a ser sus inclinaciones, aquel espíritu positivo de cooperación sigue intacto. Fabián Torres, conocido también como FAO, se ha preocupado por la integración de música, teatro, danza e imágenes, usualmente desde el medio de la electroacústica e incluyendo importantes grados de improvisación cuando utiliza medios mixtos. Su estilo de vida vegano y su interés por la cultura del lejano oriente (u occidente, si miramos a Japón y China desde nuestra propia perspectiva y no la europea) ha definido muchos aspectos de su actividad, desde las situaciones rituales que intenta crear en su arte hasta su imagen física misma. Rodrigo Restrepo se ha dedicado casi exclusivamente a la exploración del medio electroacústico, utilizando para ello no sólo los elementos de formación técnica del campo, sino también el interés constante por aplicar ideas de los campos de la matemática y la filosofía a la composición musical. Como improvisador ocasional explora un instrumento hecho con todo tipo de objetos metálicos resonantes llamado Habitáfono, en conjunción con la transformación digital en vivo de sus sonidos. Daniel Prieto se ha dedicado al trabajo con computadoras en muchos tipos de situaciones artísticas, desde la creación de obras electroacústicas definitivamente fijadas hasta el diseño de situaciones interactivas con sensores ópticos para instalaciones. Paulatinamente el campo del arte multimedial digital ha ido atrayendo su interés, llevándolo de la creación musical para imágenes preexistentes a la creación de sonido e imagen conjuntamente o hasta creando imágenes para sonido o música ajenos. Esta generalización de la creación se explica por su gran interés en la programación, algo que, espero, no llegue a alejarlo de la creación artística, como en tantos otros casos ha ocurrido. Daniel Leguizamón se ha venido convirtiendo en uno de los más prometedores personajes de su generación, repartiendo su tiempo entre la composición, la interpretación, la docencia (como todos los demás *exECUA*) y la edición, pues es el otro responsable del ya mencionado *Matiz Rangel Editores*. Como compositor, ha escrito para diversas situaciones acústicas, sean instrumentos solistas o grupos de cámara, como también lo ha hecho para medios electroacústicos. En ambos campos, su lenguaje se caracteriza por una extrema economía, una adiscursividad intencional y una transparencia de elementos y procesos. Finalmente, jóvenes compositores igualmente egresados de Los Andes como Julián Jaramillo (Bogotá, 1977), Camilo Giraldo, Felipe Neira o Sergio Vásquez (Bogotá, 1981) comienzan a mostrar trabajos prometedores, pero debemos esperar y ver la constancia que puedan tener sus esfuerzos.

Resulta notable la tendencia de los compositores egresados de la Javeriana a dejar el país en comparación a los de Los Andes, quienes en buena parte de los casos parecemos querer quedarnos. Dados los números, no puede ser coincidencia y debe tener una explicación en qué se enseña y cómo se enseña en cada escuela, y cada una debería preguntarse si ese contenido es consecuente con sus intenciones. Encuentro por lo menos un ejemplo de este contraste del “qué” y “cómo” en los profesores extranjeros que han invitado ambas escuelas. Mientras que en la Javeriana Vásquez-Castañeda promovió las visitas de personajes del círculo musical francés tales como Tristan Murail o Dominique My, desde Los Andes, Martha Enna Rodríguez ha promovido aquellas de personajes latinoamericanos como Coriún Aharonián o Graciela Paraskevaïdis. Me consta que estos últimos han sido para muchos de nosotros una influencia enorme en la toma de conciencia respecto al valor de lo local y lo regional. Los franceses, a su vez, han influenciado a otros a creer en posiciones estéticas supuestamente universales, planteadas, como es de esperarse, desde la misma París.

La formación de compositores en los últimos años se ha concentrado en universidades diferentes a aquella fuente tradicional que fue la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá, fenómeno que preocupa profundamente y requiere meditación por parte de sus directivas. Al margen del grado del brevemente activo Germán Ricardo Osorio Rincón (1977), los egresados de dicha escuela se han concentrado fundamentalmente en el campo de la interpretación, fenómeno en parte relacionado al replanteamiento curricular que anuló la carrera en composición. Así, alguien con vocación para e interés en la composición, como Pedro Alejandro Sarmiento (1977), en realidad se graduó como guitarrista clásico y su formación no contó con todos los elementos que esperaríamos de una formación institucional en composición sino en interpretación. Es mi más sincera esperanza que este Departamento de Música, el antiguo Conservatorio, retome el papel que le corresponde históricamente como potencia en la formación de compositores.

Al grupo de escuelas que sí ofrecen carreras de composición como tal se ha sumado la Universidad EAFIT en Medellín y la Academia Superior de Artes de Bogotá (ASAB), ahora como Facultad de Artes de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. En cuanto a EAFIT, Andrés Posada, Mario Gómez Vignes, Sergio Mesa y, hasta el 2005, Moisés Bertran, han sido los profesores de composición y los logros de la carrera han comenzado a verse desde su primera promoción en 2002. Víctor Agudelo (Medellín, 1979) ha cultivado exclusivamente el campo de la música acústica, escribiendo para solistas, grupos de cámara, coro y orquesta, aprovechando la valiosa infraestructura que le ofreció su antigua escuela con agrupaciones como la *Orquesta Sinfónica Universidad EAFIT* y el *Coro Arcadia*, dirigido por Cecilia Espinosa y que seguramente le ofrece su actual escuela de la Universidad de Memphis en los E.U.A. Su escritura se inscribe dentro de un claro nacionalismo, con gran énfasis en la exploración del potencial de diferentes danzas tradicionales populares del país y demuestra una alta solvencia técnica. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, Agudelo construye sus composiciones vocales o instrumentales desde un pensamiento fuertemente melódico y desarrollativo, cercanamente ligado a mucha de la más importante producción latinoamericana de mediados del siglo XX, haciendo su obra muy atractiva para intérpretes y público. José Gallardo Arbeláez (Medellín, 1983) ha compuesto para solistas, grupos de cámara, coro y, en especial, música electroacústica, género dentro del cual utiliza el seudónimo *Música Inmobiliaria*. En este aspecto dominante de su producción ha compuesto música para cortometraje y video, paisaje sonoro, y música electroacústica como tal, con una fuerte influencia del llamado “glitch”, género electrónico a mitad de camino entre lo popular y lo académico. También activo principalmente en el campo electrónico, pero más propiamente inscrito dentro de las experimentaciones populares relativamente recientes, Juan Fernando Ossa construye una muy divertida obra sonora, visual y textual como parte del colectivo *Trópico esmeralda/Nube Negra*, aunque también

ha creado dentro de los campos multimediáticos más propiamente académicos. Mientras tanto, Juan David Osorio López (Medellín, 1985) ha compuesto ante todo música para orquesta y coro, perfilándose como uno de los más prometedores estudiantes de esta universidad.

Finalmente, la ASAB cuenta con un muy particular programa en Arreglos y Composición que ha dado ya fabulosos resultados en el campo de las músicas populares pero que, recientemente, se ha ampliado para ofrecer también posibilidades en músicas académicas, con un nutrido grupo docente que incluye a Gustavo Lara, Jaime Torres Donneys, Fernando Rincón, Mauricio Lozano, Juan Sebastián Monsalve y Rodolfo Acosta R. Si bien sus primeros egresados parecen haberse dedicado exclusivamente a músicas populares, de una generación intermedia, recientemente egresados o a punto de graduarse, ha salido una serie de músicos activos en la composición e interpretación tanto de músicas populares como también académicas. Rubén Darío Gómez (Floridablanca, Santander, 1979) se ha desempeñado como compositor y guitarrista, esto último como parte del grupo Dosidos, cuyo trabajo se basa en músicas tradicionales, como parte del cuarteto de guitarras *Atemporánea*, grupo dedicado a la interpretación de música contemporánea, y como solista, en donde se desempeña como cantante y guitarrista con obras que exploran una zona gris entre la música contemporánea para guitarra y una especie de vanguardia en canción latinoamericana. Igualmente versátil es el trabajo de Germán David Molano (Bogotá, 1981), quien a la par de ser guitarrista y arreglista del trío de música andina colombiana *Urbambú* y miembro del ya mencionado *Atemporánea*, se ha desempeñado como compositor en música contemporánea. En este aspecto, ha escrito obras para solistas, grupos de cámara, instrumentos con electrónica y piezas indeterminadas. David Bedoya (Bogotá, 1981), cuatrista virtuoso y miembro hasta hace poco del grupo de música llanera-urbana *Sinsonte*, se ha desempeñado también como compositor de música que con frecuencia utiliza elementos indeterminados, combinando aspectos de lo vocal y lo instrumental en situaciones de orden conceptual y teatral. La más reciente generación de estudiantes trae consigo un grupo muy prometedor de creadores para quienes los tradicionales límites entre intérprete y compositor, y entre lo popular y lo académico son poco relevantes; destaco entre ellos a algunos con quienes he tenido la fortuna de trabajar como son Freddy Guerra (Bogotá, 1978), Luis Fernando Sánchez (Bogotá, 1982), José Miguel Luna (Chinácota, Norte de Santander, 1983), Rafael Llanos (Bogotá, 1983) y Juan Camilo Vásquez (Bogotá, 1984).

Los últimos tres compositores que comentaré se han formado generalmente al margen de las instituciones colombianas y vienen logrando una relevancia significativa, bien sea a nivel local o extranjero. Leonardo Idrobo Arce (Cali, 1977) fue enormemente activo al lado de varios de los compositores de la generación anterior a lo largo de la segunda mitad de los noventa, pero desde 2001 vive en Basilea, Suiza en donde, sin haber completado pregrado alguno, cursó el posgrado en composición en la Escuela Superior de Música. Allí, Idrobo ha creado una música, generalmente instrumental, de sutiles relaciones estructurales entre los materiales, llegando a resultados cada vez más contundentes y conmovedores. Juan Camilo Hernández (Bogotá, 1982) ha estudiado en diversas instituciones en Francia y en sus piezas trata de lograr un control de la forma a través de elementos de percepción claros y recurrentes e incorporando comportamientos de lenguajes musicales de tradiciones disímiles. Siempre radicado en Colombia, en cambio, pero igualmente al margen de cualquier formación institucional en composición (aunque ahora está estudiando en la naciente cátedra en composición de la Universidad Central) Fabián Quiroga (Bogotá, 1977) se edifica como uno de los más interesantes creadores de su generación, con una producción camerística plena en implicaciones filosóficas, en la cual la sutileza de la escritura surge de una contemplación muy particular del tiempo y de la participación del intérprete en el proceso musical.

Actualmente gozamos de un movimiento en música contemporánea colombiana pujante y creciente. La variedad de estilos y lenguajes que se practican, así como de los medios en los cuales se interviene, se han hecho cada vez mayores. La música acústica (especialmente de cámara), la electroacústica, la improvisación libre, las instalaciones, los multimedios, el *performance* y todo tipo de artes sonoras se cultivan día a día, en un constante diálogo con diferentes tipos de público. Innumerables influencias académicas, populares y folclóricas de todo el mundo se están encontrando en nuestras músicas, lanzando todo tipo de resultados expresivos, algunos derivativos y otros bastante originales, siempre en busca de quiénes somos – como colombianos en particular y humanos en general - a principios del tercer milenio. Estos y otros jóvenes compositores enfrentan el reto de aprovechar lo que heredan y construir sobre ello, haciendo parte de una verdadera tradición viviente de creación musical colombiana, para ayudar a nuestra sociedad a conocerse a sí misma y definir sus posibles caminos en un aquí y ahora cada vez más conciente.

Bogotá, Colombia, 2007.